

CASAMIENTO DE MARIA DE MÉDICIS, POR RUBENS.



SEGUNDA SERIE.—1864.

AÑO XXII. 10.

CASAMIENTO DE MARIA DE MÉDICIS.

Rubens había llegado al colmo de su fama y recibido toda especie de distinciones y de honores por parte de los príncipes que visitaron la corte. Habiendo vuelto á Amberes, su ciudad nativa, se ocupaba en su arte, disfrutando con magnífica liberalidad tan gran fortuna que sus trabajos le adquirieran, cuando en 1620 fué invitado á venir á París para decorar con pinturas la suntuosa galería del palacio de Luxemburgo. María de Médicis, después de prolongadas discordias acababa de reconciliarse con el rey Luis XIII, su hijo, é iba á habitar aquel palacio recientemente concluido. Quiso que sus departamentos, y en particular la hermosa galería correspondiente á su cámara, estuviesen decorados por el pincel de un distinguido artista. El barón de Vicq, embajador en la corte de Francia del archiduque Alberto y de la infanta Isabel, quienes gobernaban entonces las provincias de Flandes, propuso á la reina que confiara este trabajo al gran pintor de Amberes. Habiendo sido mandado llamar á París, Rubens, se puso al momento en camino y fué recibido muy benévolamente por la reina, quien le encargó que en veinte y un cuadros grandes pintara los principales hechos de su historia. En 1621 trazó Rubens en París los bocetos de todos estos cuadros, que pintó en Amberes con ayuda de sus más hábiles discípulos. En febrero de 1625 regresó á París, trayendo esos grandísimos lienzos que hoy pueden verse en el Museo del Louvre, á donde fueron trasladados cuando la galería que decoraban en el palacio de Luxemburgo fué rehecha y destruida en parte, para dar lugar á la escalera que actualmente conduce al Senado. Rubens se reservó dar la última mano á sus pinturas cuando estuviesen colocadas; porque deseaba, sobretudo ántes de concluir los muchos retratos de esas grandiosas composiciones, volver á ver á algunos modelos. Cuando últimamente hubo concluido todo este gran trabajo, hizo á ruegos de María de Médicis, el retrato de esta princesa bajo la figura de Belona, así como los de su padre Francisco de Médicis y de su madre Juana de Austria, gran duquesa de Toscana. Quiso después hacer el retrato del barón de Vicq, á quien desde 1621 dió muestras de su reconocimiento enviándole un cuadro que representaba á la Virgen y al Niño Jesús. Desde 1850 pertenece al Museo del Louvre el retrato del barón de Vicq.

El cuadro que nuestro grabado representa es el quinto de toda la colección, y es la ceremonia del casamiento de la reina, celebrado en Florencia el 15 de octubre de 1600 en la iglesia de Santa María de las Flores. Enrique IV peleaba entonces contra el duque de Saboya, y Fernando, gran duque de Toscana, tío de María de Médicis, se casó por poderes á nombre del rey con esta princesa, y él es á quien vemos frente de ella en el cuadro. De pie y detrás de ambos está el cardenal Pedro Aldobrandini, quien echó la bendición nupcial. Detrás de la reina están Cristina de Lorena, gran duquesa de Toscana, y Leonor de Médicis, duquesa de Mantua. Al lado del gran duque vemos á Roger Bellegarde, caballero mayor de Francia, que trajo los poderes de Enrique IV, y al marqués de Sillery que había dirigido las negociaciones del casamiento. Por último, una figura de niño que tiene una antorcha y lleva el vestido de la reina personifica

el Himeneo; porque Rubens en este cuadro, así como en toda la historia de María de Médicis y en la mayor parte de sus grandes composiciones, mezcló la alegoría con los hechos históricos é introdujo las divinidades del paganismo hasta en el santuario de una iglesia cristiana. Ningun pintor ha cuidado menos las necesidades ó lo meramente debido al asunto que se proponía tratar, porque dejándose ir con indiferencia adonde lo encaminaban las dotes y los defectos de su poderoso genio, con tal que su composición tuviese la abundancia, la pompa y el brillo que eran de su agrado, poco le importaba chocar con la verosimilitud ó comprometer la dignidad de la idea. Y en efecto, ese genio pagano que vemos al pie del altar, trastorna singularmente la sensación moral de esta escena histórica; la actitud del caballero mayor no es la que en semejante momento conviene al enviado de un rey de Francia; esa guirnalda de legumbres suspendida de las columnas del templo es de un gusto deplorable; pero ¡qué finura y qué solidez en las cabezas! ¡con cuánta habilidad está distribuida la luz! ¡cómo todas las partes de este cuadro, así figuras como accesorios, cuya importancia respectiva está acaso mal observada, se hallan en su sitio y con su justo valor, si solo queremos considerar el efecto pictórico! Rubens es únicamente pintor, y este es solo el efecto que quiere lograr y á que lo encamina todo.

María de Médicis tenía el plan de hacer construir en su palacio una segunda galería paralela á la primera, donde Rubens debía representar la historia alegórica de Enrique IV correlativa á la de la reina. El gran pintor empezó á ocuparse de esta nueva serie de composiciones; pero las intrigas de la corte trastornaron semejante proyecto. En las cartas de Rubens, publicadas hace pocos años, vemos continuas alusiones á este trabajo que se le encargó y se le procura arrebatar. El embajador de Flandes le avisó que el cardenal de Richelieu, poderoso ya entonces, quería ponerle en competencia el pintor italiano Josepín, en el instante mismo en que para engañarlo mejor, le escribía que «deseaba tener dos cuadros de su mano.» Ninguno de los dos artistas fué encargado de ejecutar aquellas pinturas, ni aun llegó á construirse la galería. Muy pronto la reina madre salió para el destierro, donde miserablemente debía terminar su vida.

LA RAZON DE MARCO PORCIO.

Tantas veces la razon me ha engañado
que debo siempre desconfiar de ella.

J. J. ROUSSEAU.

I.

El año 196 antes de Jesucristo, fué bien desgraciado para la España. Sublevados los celtiberos contra la tiranía y rapacidad romana, habían destruido las tropas del proconsul Lucio Cornelio Cetego, que malparado tuvo por feliz en poder acogerse al abrigo de los Pirineos Orientales, donde trató de reorganizar su mermado ejército. Pero cuidadoso el Senado del aspecto que tomaba la guerra en la Península, mandó considerables refuerzos á las ordenes del cónsul Marco Porcio Catón el Censor, ya conocido ventajosamente por sus

hechos militares, y de cuyo personaje vamos á dar solo una ligera idea, necesaria para la inteligencia de nuestro relato, apoyados en el testimonio de verdícos escritores latinos.

Nacido en Túscolo (1) de una familia oscura, y habiendo hecho con gloria su primera campaña contra Anibal, vivia retirado en su heredad ocupado en las faenas agrícolas, cuando el patricio Valerio, su convecino en el campo, descubriendo en él un carácter rudo y enérgico, cual convenia á un pueblo orgulloso y sin entrañas, como lo era entonces el de Roma, le aconsejó pasase á establecerse en la ciudad, donde con sus excelentes dotes podia prometerse rápidos medros y brillante fortuna.

No salió fallido tal vacinio. Apoyado por tan buen patrono, alcanzó pronto las primeras dignidades de la república, y demostrando desde un principio suma destreza en los asuntos del Estado empezó á dársele el sobrenombre de Caton, que antes no tenia (2).

Examinemos ahora en el crisol de la verdad si habia mas brillo que metal puro entre sus buenas cualidades.

De torva catadura y aspecto salvaje, enemigo jurado de la literatura y bellas artes, que consideraba solo á propósito para afeminar el espíritu, inaccesible á la compasion y á todas las dulces expansiones del alma, era un terrible sectario de la doctrina estoíca.

Sabido es que el estoicismo tiene por base una criminal amalgama del pantheismo ó materialismo con la indiferencia mas absoluta hácia todos los acontecimientos humanos; es decir, no hay lazos de familia, no hay amistad, no hay vicio: *cualdo la vida te sea pesada, quítatela*, era una de sus máximas. Tal doctrina solo puede producir un malvado.

Casi todos los antiguos partidarios de Zenon, fundador del sistema de que vamos hablando, combinaban con su filosofía los errores de la escuela jónica, madre del racionalismo, único fundamento del *yo* de los alemanes modernos, ó conciencia del hombre, en la cual halla éste impreso, puesto en contacto con la Divinidad por medio de la fuerza intuitiva, un código completo que sirve de regla á todas sus acciones. ¡Ultimo límite del extravío del orgullo humano!

Abundantes frutos dieron tales creencias entre los antiguos: solo recordaremos á Bruto y Casio, asesinos el primero de su padre natural y adoptivo, esclamando al suicidarse: *¡Oh virtud, solo eres una ficción!*, y el segundo de su amigo y protector origen de su fortuna, y téngase en cuenta que no se arrastraban á tal crimen por amor á la libertad, como sencillamente nos enseñaban nuestros buenos dómínes, y nosotros mismos creimos antes de llegar á la edad del desengaño, sino porque la tiranía se escapaba de las manos de su clase pasando á las de los emperadores, herederos de los tribunos de la plebe, si bien fuesen aquellos tan perversos como los patricios.

No somos aficionados á citar autores haciendo alarde de erudicion, en apoyo de nuestras razones, ni la índole de este artículo lo requiere, mas no podemos resistir al deseo de manifestar al lector, que Dante, en su Divina Comedia, coloca en lo mas hondo de los infiernos en compañía de Judas, á Caton, Bruto y Casio, y ya que tan eminente génio consideró justo llevar á estos tres héroes donde no hay esperanza,

permítasenos á nosotros emitir un simple juicio, acorde con tan autorizada opinion, que cada cual puede apreciar segun le dicte su criterio.

Con un caudillo de la índole que acabamos de bosquejar, al frente de un ejército numeroso y aguerrido, fácil es concebir el carácter feroz que tomaria la guerra en la infeliz Iberia. A su llegada venció á los sublevados cerca de Ilerda (1), y las legiones romanas se derramaron cual un torrente por los floridos campos de la España Ulterior, entrando á saco las poblaciones, antes de ser entregadas á las llamas, y pasando á cuchillo ó vendiendo como esclavos á sus habitantes, sin distincion de sexo ni edad. En vano era la sumision; las ciudades que humildes se prestaban dóciles á la coyunda, eran tratadas con el mismo rigor que los pueblos de ánimo levantado que preferian la muerte á la esclavitud.

Siguiendo su marcha, siempre asoladora, llegó el cónsul hasta Segoncia (2), de donde rechazado tuvo que acudir apresuradamente, algo marchitos sus laureles, á socorrer al pretor Manlio, á quien los turdetanos traian en la Bética algo apurado. ¿Pero qué podrian aquellas gentes allegadizas, sin disciplina, sin centro de union, dirigidas por jefes inesperados, por mas que fuesen de sobrado aliento, contra unos hombres cuya profesion era la guerra, diestros en todo género de ardides y supercherías, siempre dispuestos á quebrantar la fé de los tratados mas solemnes, con tal que redundase en beneficio de la pérfida Roma, apoyados con todos los recursos de una nacion poderosa? Los horrores cometidos en la parte oriental de la España, se reprodujeron en el Mediodía. ¡Cuatrocientas poblaciones se vanagloriaba Marco Porcio de haber destruido en el corto espacio de tres meses!

En una de estas, la resistencia fué obstinada. Apurados todos los recursos, despues de haber perdido la flor de su juventud, agobiados por el número y destruidos sus débiles muros por las máquinas de guerra, los heroicos defensores tuvieron que ceder á su fatal destino, y las enfurecidas legiones se posesionaron de las ruinas de aquel pueblo á costa de grandes pérdidas conquistadas, embarazando aun el medio sus pasos, pues entre aquellas derruidas paredes ocultaban la frente muchos patriotas fieros que habian jurado no sobrevivir á su derrota.

Como un frenético ávido de sangre y de matanza, recorria el cónsul las calles escitando á sus soldados á la destruccion.

—Ea, pues, gritaba, no haya piedad: ni un solo enemigo quede con vida, ufano por haber osado resistir á la potente Roma; el que mas destruya será el mejor recompensado; no ablanden vuestro pecho los lamentos de esos tenaces bárbaros; juzgad que dentro de su corazon se encierra la gloria de nuestra patria y en él tienen que buscarla vuestras espadas.

Sin duda la omnímota razon del caudillo, consideraba como reos de muerte á los españoles vencidos por fuerza superior en defensa de la mas justa de las causas.

Continuando en su feroz carrera, llegó á una encrucijada donde se presentó á su vista tan conmovedora escena, que no pudo menos de llamarle la atencion.

Al frente de cierta casa incendiada cuyo umbral interceptaba el cadáver de una mujer con un niño entre sus yertos

(1) Hoy Frascati, en los Estados de la Iglesia.

(2) La palabra latina *Catus*, de que se formó Caton, significa hombre avisado, astuto, ingenioso.

(1) Lérida.

(2) Épila, en la provincia de Zaragoza.

brazos, los restos de armas esparcidos por el suelo y tres ó cuatro legionarios sin vida, manifestaban claramente que en aquel lugar se había sostenido una lucha desesperada. Un guerrero yacía en tierra tendido sobre su espalda, atravesado el pecho por un dardo; el *sagum* de lino que le cubría, su lanza con dos moharras de cobre, que aun apretaba en su convulsa mano, el pequeño y redondo escudo que cerca de él estaba caído, todo indicaba era uno de los bizarros iberos que, sin contar el número de enemigos, se había lanzado en desigual pelea á contrarestar el formidable poder romano. A su lado una niña como de diez años deshecha en llanto trataba con sus manitas de contener la abundante sangre que brotaba de la herida, y presa del mas amargo dolor

—¡Padre, padre! decía, respóndeme. Si tu alma vuela á la mansion de los héroes, ¿quién cuidará de nosotros? Mira que á mi madre la han muerto los soldados. ¿No oyes los gemidos de mi hermanito, que en vano trata de buscar abrigo en su regazo? Nuestra casa ha sido incendiada. ¿Dónde nos guarecemos si tú no la reedificas? ¿Quién aplacará nuestra hambre si no estás tú para darnos el pan necesario? ¡Ah, no me contestas! ¡qué frío y pálido está tu rostro! ¡Padre, tengo miedo, aquí están de nuevo los enemigos! Llévame contigo si has de abandonar la tierra.

Paróse un momento el inflexible Catón á contemplar aquel desgarrador espectáculo, que enternecía á los mismos de su séquito, y fijando su atención en la niña, dijo con indiferencia hablando consigo mismo:

—Dentro de un lustro puede valerme en Roma mas de cincuenta mil sextercios (1), y añadió en voz alta á los lictores que le acompañaban, llevad esta muchacha á mis tiendas.

Al arrancarla con violencia del lado de su padre, se asió á una de sus manos que quedó separada entre las suyas: un numida se la había cortado de un hachazo.

La sangre derramada en defensa del hogar, quitó al brazo de este hombre animoso la fuerza necesaria para librar á su hija con la muerte, segun hicieron otros muchos, de la infamia y servidumbre.

Antes de espirar, aun tuvo el tormento de verla conducir esclava, para servir, andando el tiempo, de pábulo á la incontinencia de los señores del universo en sus inmundos festines.

El otro niño murió de inanición abandonado sobre el exhausto seno maternal.

Catón, concluido el año de su mando, depositó en el tesoro público 1,400 libras de oro, 25,900 de plata y 123,000 en monedas del mismo metal, fruto de sus latrocinios en España. El Senado le decretó el triunfo.

II.

Sería la hora primera de la mañana (2), á tiempo que en una magnífica casa construida en la vertiente del monte Janículo, entonces en los alrededores de Roma, una hermosa esclava, saliendo de los aposentos que circundaban el *atrium*, destinados á los de su clase, se dirigía á llenar un

(1) El sextercio cambió de valor segun las épocas, en la de esta narración equivalía á 0,81 de nuestra moneda.

(2) De seis á nueve.

ánfora en el *impluvium* (1), situado en el centro del anterior. Vestía la túnica cenicienta propia de las mujeres de su triste condición, si bien el aseo y compostura de toda su persona y los anillos de plata que adornaban sus brazos, indicaban claramente que su dueño era persona de elevada gerarquía. A pesar del humilde atavío de la jóven, su aspecto grave, la nube de tristeza que oscurecía su frente sin abatirla, y la inteligente mirada de sus rasgados ojos sombreados por luengas y negras pestañas, la daban tal aire de majestad que, cuando encargada de vigilar á sus compañeras en los preparativos del baño de su señora, apoyada en el pedestal de la estatua de la Fortuna, colocada delante del *impluvium*, quedaba inmóvil abstraída en su pensamiento, un artista corintio se hubiera creído feliz al tomarla por modelo de una de las hijas de Niobe.

Recogida el agua suficiente para aderezar los vasos de flores que adornaban el peristilo del patio interior, al volverse en dirección á las habitaciones privadas, donde había de continuar su tarea, advirtió con sorpresa que no se hallaba sola, segun debía presumir.

Un hombre de elevada estatura y rostro enjuto, inmóvil bajo el dintel del *tablinum* (2), observaba con mirada fija é interés creciente todos los movimientos de la sierva; la toga pretexto que lo adornaba, cuya franja de púrpura permitía descubrir el manto en que se hallaba envuelto, no dejaba duda acerca de su alta dignidad de magistrado romano, así como la barba gris y el severo continente adquirido por una larga costumbre de mando, unido á un semblante cenudo y severo, le daban tal aspecto de austeridad, que la pobre esclava, interceptada en su camino por aquella imprevista aparición, no fué dueña de contener un ligero grito que en vano trató de ahogar en su agitado pecho.

Mas el personaje en cuestión, avanzando algunos pasos y con voz que procuraba hacer dulce y halagüeña

—Salve, Glicería, la dijo, digna rival de Hebé, graciosa copera del supremo Jove; poco entiendes tus intereses cuando así te amedrenta la presencia de quien solo tu dicha desea. Ni estrañes verme aquí tan á deshora, pues al salir á tu encuentro solo busco mi tranquilidad perdida que con tus gracias me has robado. ¿Qué dios favorable á los mortales ha encerrado tantos encantos en tu breve pié y delgada cintura? Las tiernas pomas de los manzanos de Sorrento carecen de la suavidad y frescura de tu finísimo y moreno cutis. No seas avara de tan ricos dones, cede á mis deseos y verás al inflexible censor de Roma trocarse en el amante mas apasionado. Ni te retraigan las plateadas hebras que van blanqueando mis cabellos, que el Etna por tener su cima cubierta de nieve, no deja de encerrar un volcan en su seno, y el viejo Anacreonte era solicitado de las bellezas mas notables de Atenas. Pero veo pintada en tu semblante la turbación que te causan mis palabras: desecha el temor y contesta sin recelo á tu dueño, que en vez de mandarte, segun pudiera, te suplica aceptes su cariño ofreciéndote en cambio una existencia de delicias.

Al escuchar semejante razonamiento, que no estuvo en su mano contener, la hidalga sangre española hirvió en las

(1) Estanque destinado á recibir las aguas pluviales, que iban á caer despues en una cisterna.

(2) Pieza que separaba el *atrium* de las habitaciones interiores y en estio servía de comedor. En él se conser vaban las imágenes de los antepasados.

venas de la jóven, pues ya habrá conocido el lector era ésta la niña que vimos en el cuadro primero al lado de su padre mal herido, esclava siete años hacia en casa del severo Caton, que al presente la requería de amores; mas conociendo no era conveniente exasperar á su terrible apasionado y deseando tomarse tiempo á fin de buscar medios para malograr sus ruines intentos, mal conteniendo su enojo, respondió con aparente calma:

—Señor, la correspondencia de dos almas unidas por un afecto comun tiene su origen en la morada de los dioses inmortales, y una miserable esclava no debe elevar su pensamiento de la humilde tierra que pisa. En varias ocasiones iguales á esta, he contestado á vuestras palabras en los mismos términos que ahora lo hago: los anillos que oprimen mis brazos cortan los vuelos á mi espíritu, y nunca en semejante estado podré elegir el objeto de mi cariño.

—Yo puedo hacer tan suave esa servidumbre que las matronas de mas elevado origen envidien tu feliz destino. Df una palabra, y antes que el sol concluya su carrera, partimos á los alrededores de la encantadora Bayas; allí en un clima siempre suave, á orillas de un golfo sin tempestades, bajo las sombrías enramadas de bosquecillos de mirtos y laureles, coronada la frente con las purpúreas rosas de Pestum y apurando en ancha copa el delicioso Falerno, tú, agradeciendo una esclavitud, manantial de tantos placeres, yo, dando al olvido el orgulloso Senado á quien aborrezco, y el pueblo turbulento é inconstante á quien temo, se deslizará nuestra vida entre deleites sin cesar renovados, desconocidos hasta en el Olimpo supremo. ¿Aceptas? Quiero una contestacion pronta, inmediata.

El severo cónsul estaba como fuera de sí, y con su vista penetrante y palabras halagüeñas, fascinaba á la infeliz muchacha, sin apoyo ni consejo en la tierra y alentada en el mal con el ejemplo que por todas partes la ofrecian las lúbricas deidades del paganismo. Además, ¿cómo resistir, quién podría darla aliento, quién librar aquella débil aveci-lla de las poderosas garras del gavilan? Caton habia llevado su condescendencia hasta el esceso; ya lo habia dicho, suplicaba en vez de mandar. Por fortuna su afición á Gliceria no era un deseo pasajero, queria á la mujer en cuerpo y alma, y bien sabia él que á esta última se la seduce, no se la violenta. Pero tal estado de cosas no podia sostenerse, ya hacia tiempo que el Censor molestaba á la jóven con sus pretensiones sin alcanzar resolucion favorable, y era espuesto que al salir ébrio de alguna orgía, cosa que acostumbraba con frecuencia, (y no se le tenga en menos por esto, pues era pecado muy venial entre los héroes de la antigua Roma) usando y no abusando de su cualidad y derechos de amo, alcanzase por la violencia lo que ha tanto tiempo sollicitaba en vano. ¡Miserable humanidad! ¿Qué se hacia tu razon cuando sancionabas tales monstruosidades como de derecho natural? ¿Adónde estaba la razon de Platon y Aristóteles al consignarlo así como principio inconcuso en su *República* aquel, en su *Política* el segundo? ¿Dónde la de otros muchos que en sus escritos inmortales han asentado el mismo axioma? Estaba abandonada á sí misma, es decir, en el error, en las tinieblas, hasta que el Hijo del Hombre viniese á iluminarla con la Ley de Gracia.

Volvamos á nuestra compatriota, que víctima de su desdicha, yacia ante Marco Porcio sin mas esperanza de salva-

cion que los recursos que encontrar pudiera en su propia dignidad y entereza, apoyada por los ejemplos de virtud que en sus primeros años recibiera. Por fortuna no habian sido estos en corto número.

Los primitivos españoles siempre fueron de costumbres sencillas, aunque algun tanto rústicas, y si bien sumidos en la idolatría, las divinidades á que rendian culto nunca pudieron considerarse como ridículos modelos de infamia, cual las reverenciadas por griegos y romanos: Hércules, domador de monstruos; Diana, célebre por su castidad; Endovélco, amigo de la guerra y los combates, eran los principales númenes objetos de su adoracion, así que la madre de Gliceria pudo infundir en el corazon de su hija sanas ideas de moral unidas á la enseñanza religiosa.

Sostenida por tales auxiliares, si bien combatida por tan poderosos enemigos, contestó mal repuesta de su aturdimiento:

—No puedo decidirm, seënor; pertenezco á la servidumbre de vuestra esposa y temo provocar el enojo de tan poderosa dueña ausentándome sin su permiso.

—Mi esposa, replicó Caton, tiene demasiado orgullo para haber reparado en tí y mostrarse pesadosa por tu falta, y si acaso le fuese sensible, yo la daré cuantas esclavas quiera en compensacion de tu pérdida. No lo olvides, exijo una resolucion pronta y terminante; la firmeza que siempre he demostrado en los asuntos públicos, no ha de abandonarme para los mios particulares. Juro por los manes de mis antepasados, aquí presentes, que si por tí he perdido el reposo, contigo he de encontrarle. Mañana á esta misma hora espero tu decision en la biblioteca inmediata. Reflexiona y quédate en paz.

Así dijo, y con apresurados pasos entróse en los *alæ* ó galerías con asientos, sitos delante del tablinum, donde daba audiencia á sus clientes, que ya en gran número le esperaban.

Desaparecido que hubo, exclamó Gliceria con animoso y reprimido acento, procurando contener las ardientes lágrimas que abrasaban sus pálidas mejillas:

—Asesino de mi familia, podrás verme muerta, pero envilecida jamás. Tú me conduces á la orilla del precipicio, guárdate no sea que me acompañes al fondo del abismo. Padre mio, continuó fijando su vista en el cielo, antes faltará luz á mis ojos que olvide los últimos instantes de tu vida, sacrificada cuando perdiste la esperanza de vivir libre; no será en vano tan heroico ejemplo, aunque dado á una débil mujer, porque es hija digna del noble suelo de la Hesperia, que nunca produjo esclavos para los mercados de Roma. Sí, orgulloso cónsul, no faltaré á la cita, mañana se decidirá mi suerte y tal vez la tuya.

Esto dicho se encaminó á las habitaciones de su señora para asistirle en el tocador, cuya hora habia llegado.

III.

Mucho antes de las guerras civiles que trajeron consigo el dominio de los emperadores, habia entrado la república romana en aquel período de lujo y disolucion que, andando el tiempo, llegó á un grado casi inconcebible. La conquista de Grecia y Siria hizo venir á la ciudad reina, con las riquezas y torpes vicios de que siempre fueron ambos países fecundo semillero, una multitud de retóricos y artistas, que

al par del buen gusto y la cultura, difundieron en alto grado la afición á la magnificencia y los placeres entre los descendientes de Fabio y Cincinato. En balde algunos hombres previsores, queriendo conciliar la sencillez primitiva con los tesoros allegados en pos de los vencidos Perseo y Antioco, intentaron poner dique á tan desbordado torrente; el mal estaba en la conciencia de todos, y á sus esfuerzos acompañó generalmente un éxito desgraciado: había llegado el tiempo en que pudiera decir Yugueta: ¡Oh, Roma, tú serás vendida cuando encuentres comprador!

La noble Valeriola, hija de Valerio, príncipe del Senado, y esposa de Marco Porcio, era una de las señoras patricias que mas se hacían notar por su fausto y vida regalada, con notable oposicion á las costumbres rústicas del Censor, que á ser posible, bien hubiera querido modificar las inclinaciones de la dama; pero cuidados cada dia mas graves llamaban su atencion en el Foro y en el Senado; sus enemigos eran muchos y poderosos y los parientes de su mujer ocupaban los primeros puestos de la república, así es que temiendo crearse nuevos tropiezos si lo contrario hacia, la dejaba en libertad de dar rienda suelta á su preferencia por aquella elegante civilización griega, tan seductora para las personas distinguidas por su buen gusto que hubieran querido hacer de Roma otra segunda Atenas.

Con estos ligeros antecedentes no se extrañará que el cubículo ó habitación particular de la dueña de Glicería, fuese rica y espléndida. Formábase una rotonda sostenida por columnas de bronce primorosamente cinceladas, cuyos intervalos adornaban colgaduras de púrpura bordadas en Mileto; el blanquísimo mármol parió de que estaban revestidas las paredes hubiera reflejado en demasía la brillante luz del cielo de Italia á no templarse suavemente al atravesar las piedras especulares que cerraban las ventanas colocadas cerca de la cornisa sobre que se apoyaba el artesonado de aquella mansion. Constituía el pavimento un precioso mosaico representando el triunfo de Baco y una clepsidra (1), objeto entonces raro y de un lujo extraordinario, fabricada por un célebre constructor egipcio á la vista de la que hacia poco trajo á Roma Escipion Nasica, marcaba silenciosamente las horas á la elegante poseedora de tanta riqueza.

Era ésta hermosa y de noble continente, altiva por tradicion de raza mas bien que por vicio de corazón, pues nunca se la vió imponer á su servidumbre alguno de aquellos terribles castigos tan comunmente aplicados á las desventuradas siervas con el mas leve motivo; y si bien su desprecio hacia esta clase infeliz rayaba tan alto que juzgaba imposible ser ofendida por ninguna de ellas, esto mismo daba ocasion á que pasaran desapercibidas muchas ligeras faltas reputadas por otras señoras como dignas de severa reprimenda, ni su generosa condicion la permitió jamás olvidarse del propio decoro, movida de ruin envidia, hasta el punto de maltratar con sus manos y desfigurar el rostro á las que hubieran tenido el atrevimiento de nacer mas agraciadas, cosa tambien en aquel tiempo erigida en derecho y muy usada por el bello sexo romano.

Hallábase á la sazón ocupando un asiento sin respaldo á semejanza de las sillas curules, rodeada de sus esclavas en el centro de la pieza, entre las cuales se notaba Glicería, dispuesta cada cual á desempeñar el cargo que la estaba come-

tido en el adorno de su señora. Ya una de ellas despues de haber alisado sus negros cabellos á favor de un peine de marfil, los entrelazaba con luengas sargas de perlas, mientras otra con una suavísima esponja del Archipiélago empapada en agua perfumada limpiaba su rostro del cosmético compuesto de harina de flor y leche de yegua que le habia cubierto la noche anterior, á fin de mantener el cutis brillante y aterciopelado. Concluida esta operacion llegaba la tercera á pintar con nitro rojo sus mejillas, y las sobrecejas con los colores mas al gusto del dia, que ordinariamente eran el blanco ó sonrosado, no olvidándose teñir de negro el entrecejo, pues era gala entre las romanas el ser cejijuntas.

Aun era jóven la gentil matrona para necesitar tales afeites, pues no contaba arriba de siete lustros, pero la costumbre los hacia indispensables entre las mujeres principales y era preciso someterse.

Cenida su frente con una cinta teñida de mórce le fué aproximado un espejo de plata donde se miró detenidamente, y mostrándose satisfecha pasaron á calzarle unas sandalias blancas que formasen grata armonía con la ancha vestidura de lana del mismo color, de fino tejido y recamada de oro, que puesta en pié la dama acomodaron sobre la túnica de lino que hasta entonces la habia cubierto.

Un sencillito cinturón verde completó su atavío, terminado el cual adelantóse una esclava nubiense con un canastillo de mimbre en las manos, de donde de entre una especie de nido de flores y yerbas olorosas sacó la pulcra señora una culebra domesticada, objeto tambien de gran precio, la que rodeó á su cuello para que el agradable roce de aquella piel tan suave y fresca templase el calor de su garganta y pecho (1).

Recostada muellemente en un pequeño lecho de madera de cedro incrustado de oro y marfil y cubierto de tapices de Jonia, preparábase Valeriola á desarrollar un volumen de papiro donde estaba escrito uno de aquellos famosos cuentos llamados milesios, capaces de hacer ruborizar á la mujer mas desenvuelta de nuestros tiempos, y que formaban la delicia de las moradoras de la ciudad eterna, cuando advirtió con extrañeza á Glicería delante de sí, á pesar de haberse retirado, según costumbre, todas sus compañeras.

Enojada de semejante falta y viendo que una mirada suya no habia sido bastante á corregirla

—Vete, la dijo con voz breve y airada.

—Señora, deseo revelaros un acontecimiento de importancia en que vos y yo estamos interesadas, respondió la jóven en tono modesto aunque firme.

—Sé breve, repuso la patricia desdeñosamente ¿qué puede haber de comun entre las dos?

—Vuestro esposo ha puesto su atencion en mi persona, en términos de obligarme á faltar á lo que os debo ó adoptar una resolucion desesperada, sino venis, señora, en apoyo de esta infeliz con vuestro poder ó consejo.

A tan súbita é inesperada nueva ya la matrona perdió su aplomo, mas acostumbrada á la falsía y doblez que la servidumbre lleva consigo y temiendo ser víctima de algun rate-ro ardid urdido por la esclava con objeto de vender mas cara á ella su negativa y al cónsul su condescendencia, trató de ocultar su agitacion y repuso con indiferencia al parecer.

—¿Y te has opuesto á los deseos de mi esposo?

(1) Reloj de agua.

(1) Todos estos pormenores son exactos.

—He podido hasta ahora evadirme á sus solicitudes, y obligada en el día de mañana á poner término á su impaciencia, estoy resuelta á que sea el último de mi vida, dando fin con una muerte honrosa á una existencia desgraciada.

Alzó la vista Valeriola y quizá por primera vez la fijó en aquella niña de figura tan bella, de aspecto tan humilde sin mezcla ninguna de servilismo, con el dolor pintado en su semblante y la súplica en su mirada.

Desvanecidos algun tanto sus injustos recelos, y establecida por el momento una igualdad de circunstancias entre aquellas dos mujeres rivales á pesar suyo, á quien la suerte había colocado á tan diversa altura, la esposa desairada se incorporó en su lecho y prorumpió como hablando consigo misma:

—¡Siempre envilecimiento al rededor mio! ¡nunca un pecho de sentimientos elevados en quien poder depositar los afectos de mi corazón! Me motejan de orgullosa; sí, porque me repugna instintivamente la bajeza, y solo ruindad descubro en cuanto alcanza mi vista, en unos bajo la purpúrea toga, en otros bajo la túnica servil. Tus alentadas palabras, continuó dirigiéndose á Gliceria, me revelan que eres digna hija de la indómita España, de cuyo país he oído hablar á Escipión el Grande con tanto entusiasmo. ¿En qué territorio de tan feliz region viste la luz primera? ¿Desearias volver á él?

—¡Ah, señora! ¿Ignorais que en mi patria colocaron los dioses los Campos Elíseos? Por separarla de la ardiente Libia, fecunda patria de mónstruos, Hércules inmortal abrió paso al mar entre los dos montes Calpe y Abyla, y Neptuno sepultó la Atlántida en el fondo de las aguas para dotarla de estendidas riberas, adonde los bajeles de remotas naciones viniesen á traerla el tributo de su industria á cambio de sus ricas producciones. Los reyes de Oriente, célebres por su sabiduría, se juzgaban felices en comerciar con ella, y periódicamente á las playas tartesias encaminaban el derrotero los navegantes de Tiro y Sidon á recoger el oro finísimo que sus claros rios arrastran en vez de arenas. ¡Brillante azul del cielo de la Bética que cobijaste mi frente al nacer, ¿para qué es la vida si no has de volver á alegrar mis ojos? ¡El sol lanza con mas brillo sus resplandores en el Oriente! al descubrir tus afortunados campos, descansa á la mitad de su carrera para fertilizar tu abundoso suelo y llegado al ocaso, allí se detiene á contemplarte antes de ocultar su disco en el seno del Océano! Por esto, señora, nosotros desgraciados hijos de tan hermosa patria, nunca podemos olvidar sus encantos, y cuando perdemos la esperanza de vivir libres, apelamos á una sencilla combinacion de ciertas yerbas, cuyo fatal secreto trasmitido de unos en otros con el proverbial desprecio de la vida, nos sustrae con mortal tósigo de una esclavitud insufrible.

—No tendrá tan funesto resultado tu generoso proceder, exclamó Valeriola radiante de entusiasmo, te has acogido á mi proteccion y ella bastará, si me ayudas, á contrarestar el poder de nuestro terrible adversario. Escucha un momento y te convencerás que no es omnipotente para conmigo la influencia de mi esposo. Casada en edad temprana con un hombre á quien apenas conocia, entró éste en posesion de mi cuantioso dote y á compartir con mi familia, una de las primeras de Roma, los cargos mas elevados de la república. Opuestos desde luego en sentimientos, yo patricia de origen y por afecciones, él, inclinado á la plebe por cálculo é instintos; él sórdidamente avaro, yo pródiga y disipada, muy

pronto me habria dado libelo de repudio si hubiera podido dejarse arrastrar de su albedrío, pero eran inmensos los bienes de que tenia que desprenderse, y sobre todo, mi padre era príncipe del Senado, y por parte de madre tenia yo grande afinidad con las principales casas tribunicias, así que considerando en mí un lazo de union entre él y gran parte de los hombres mas importantes del Estado, evitó desde el principio todo choque violento conmigo, dejándome completa libertad en mis acciones á cambio de mi tolerancia con sus desórdenes. Por mi parte, considerando en él al padre de mi hijo, y que otro cualquiera no hubiera sido de mejor condicion, disimulo sus malas acciones á trueque de verme libre de su presencia. Mas si con desenfundada torpeza trata de insultarme eligiendo á las mujeres de mi servicio como cebo á propósito de su incontinencia, le he de suscitar tales embrazos sobre los muchos que le rodean, he de hacer oír en la tribuna pública tales escesos suyos hasta hoy ignorados, que su colosal poder venga á tierra, como apoyado en pedestal de barro, á impulso del brazo de esta mujer despreciada. Por ahora, Gliceria, mira si acaso puede escucharnos al medio, y vuelve luego y siéntate á mi lado, acordaremos el medio de llevar á buen término este asunto, sin recurrir á medidas extremas, á que no creo dé lugar Marco Porcio, mejor juez que nadie de su incompetencia para entrar en lucha abierta con la hija de Valerio.

Obedeciendo la jóven reconoció las puertas de la estancia, registró detrás de las colgaduras, y bien asegurada de que se hallaban solas, fué á colocarse á los pies de su señora sobre la listada piel de tigre que la servia de alfombra.

Entonces ama y sierva unidas en estrecha alianza, combinaron el plan que verá el lector desarrollarse y terminar en el cuadro siguiente.

IV.

Con grande impaciencia esperó el severo Caton la llegada del nuevo día que habia de traer consigo el cumplimiento de sus villanos deseos, y despierto y mal sosegado desde antes de apuntar el alba, acudió al sitio de la cita con mucha anticipacion á la hora designada.

Tratando de hacer mas llevadero el tiempo, que á su parecer con paso tardo transcurria, sacó sus enceradas tablillas y con el punzante estilo comenzó mal humorado á escribir notas, en una de las cuales decretó la suspension de la basílica Porcia, que entonces se construia, y siguiendo adelante tomó apuntes para un virulento discurso en el Senado contra las estragadas costumbres de los Metellos.

He aquí que la tardanza de una muchacha fué causa bastante á suspender una de las obras mas suntuosas de la anti gua Roma, y produjo hartos sinsabores á familias muy consideradas; si Gliceria menos esquivase se hubiera adelantado, ni una cosa ni otra habria sucedido.

Pero segun se dice, no hay plazo que no se cumpla: al fin llegó la graciosa jóven á desarrugar el ceño al severo Censor. Muy bien auguró éste al ver el tranquilo y sosegado semblante de la niña, tanto que dando al punto de mano á su ocupacion legislativa, alzándose del asiento salió á recibirla diciéndo:

—Si no me engaña la esperiencia, creo que la noche ha sido para tí muy buena consejera, y que te hallas dispuesta á seguirme á la fértil Campania.

—Así es, señor, y solo de vuestra condescendencia en satisfacerme un ligero capricho depende nuestra inmediata partida.

—Señalaré desde luego este día con piedra blanca, como el mas fausto de mi vida, se apresuró á responderla Caton regocijado, y formula pronto ese deseo, que yo te juro se verá cumplido, si es posible que un hombre le cumpla.

—No os tendré impaciente y le diré en breves palabras. Exijo que enjaezado con los arreos de uno de vuestros caballos me paseéis por el establo, sirviéndome vos de cabalgadura.

Al oír tan estraña demanda, que nunca hubiera imaginado fuese nadie capaz de hacerle, frunció Porcio el entrecejo y fijó en la jóven una mirada penetrante y severa, que aquella, ya resuelta á todo, sostuvo con entereza é indiferencia. Y esta serenidad la salvó, pues no viendo en su rostro el aire de burla que el cónsul temió encontrar, se contentó con maldecir en su interior de las aprensiones mujeriles á que atribuyó la petición de Glicería y replicarla con tono agríndice.

—Me hubieras demandado galas y riquezas y tu petición fuera otorgada desde luego, pero algun genio maligno trastorna tu entendimiento haciéndote desear una satisfacción pueril á que no puedo acceder sin rebajar mi dignidad. Exige cosa de mas provecho y deja de serniña. Esa es una travesura indecorosa de la que ningun beneficio puede resultarte.

—Osequivocais, señor; con ella aseguro vuestro silencio y me dais una prueba de amor verdadero. Si es una niñería segun la calificais, ningun mal puede causaros; yo no la he de publicar, vos estais interesado en ocultarla; será el mútuo lazo que nos una. No hay que pensar en ello, mi viejo dueño, continuó la jóven con una impaciencia deliciosa, este sencillo juego ha de ser el principio de nuestras recíprocas confianzas.

No dejaron de hacer fuerza á Marco Porcio las razones de la esclava y considerando por otra parte que el divino Júpiter era adorado por el pueblo, á pesar de haber servido de acémila á la bella Europa convertido en toro, y que sus muchas transformaciones en ganso, águila y otras alimañas no le impedían reinar en el Capitolio, mucho menos podría afeárselo á él, simple mortal, haber desempeñado por algunos momentos el oficio de cabalgadura de una muchacha bonita. (De este modo, en lucha contra sus convicciones, trataba de engañarse el inflexible Caton!

Quedóse un rato suspenso, al cabo del cual, sin dejar traslucir ni en el semblante ni en las palabras el combate que sostenia su conciencia con la pasión que le dominaba, dando un gran suspiro preguntó á Glicería con un aire de conformidad ejemplar:

—¿Y cuándo, caprichosa ibera, deberé hallarme en el establo para representar tan divertida farsa?

—Hoy á la hora sesta (1).

—Allí estaré con anticipación á cuidar de que se alejen los esclavos encargados de la caballeriza. Confío no pondrás á prueba mi paciencia.

—Seré puntual; no tengais cuidado.

Aquella mañana no hubo para el Censor Foro público ni arreglo de costumbres; conforme se aproximaba el momento designado por Glicería, le parecia mas ligero el empeño en que se hallaba comprometido y mas dulce la recompensa.

(1) De doce á tres de la tarde.

Dentro de poco imaginaba hallarse en los deliciosos alrededores del cabo Miseno libre de todo cuidado, dando rienda suelta á su cariño por la única persona tal vez que habia logrado conmover su árido corazón.

Así es, que cuando acudió la sierva al punto designado, encontró á Marco Porcio tan alegre y bullicioso, que tuvo que irle á la mano para que no se desmandase: todo estaba prevenido minuciosamente, y él mismo indicaba á la doncella con una paciencia digna de mejor causa, como habia de ir aparejando su autorizada persona. Nada se omitió, el ronزال (entonces no se conocian bridas), la cincha, la manta, fueron acomodados de la mejor forma posible sobre la toga con sular, y cuando estuvo bien enjaezado, aguardó mansamente con las manos puestas en el suelo que la jóven subiese sobre sus lomos á fin de pasearla en esta forma por la estancia.

No se hizo esperar la resuelta muchacha, y deteniéndose tan solo á recoger una vara de las fascas del cónsul que allí arrimadas estaban, saltó sobre sus espaldas y comenzó á arrear con tal desenvoltura y gentil desembarazo cual si para otra cosa no fuera nacida.

Caton, por su parte, queriendo daria á entender que era hombre dispuesto para todo y capaz de terciar con ella en buen humor y agilidad, pafaba y daba corbetas de una manera tan lastimosa, que hubiera espantado al mismo Bucéfalo de Alejandro.

¡Pero oh dolor, oh fragilidad de las cosas humanas! Cuando mas entusiasmados se hallaban en su divertido juego, la puerta del establo se abre violentamente y aparece en ella indignada, altiva, la majestuosa Valeriola, que con el mas soberano desprecio contempla la degradación de su esposo arrastrándose bajo el peso de una esclava.

Renunciamos á describir el efecto que semejante sorpresa causó en el delincuente: ruidos, eróticas ilusiones! huuyeron ante el aspecto de aquella esposa justamente irritada, cual una bandada de tímidos pajarillos á la presencia del buitre carnívoro.

—Marco Porcio, exclamó en voz alta ¿dónde está tu soberana razon?

—Mujer, repuso éste aturdido, no me atrevo á decírtelo, porque te aseguro en verdad que la busco y no la encuentro.

—Mañana sabrá el pueblo y el Senado cual es la conducta del hombre á quien juzgan un modelo de virtud. Yo le arrancaré la infame máscara con que se cubre al presentar mi demanda de divorcio en el Foro ante los pretores, fundada en accion tan indigna.

—No harás tal cosa, mujer, por los dioses te lo suplico; quítame la vida antes que la reputación. Baja la voz; yo te daré para lo sucesivo cuantas seguridades quieras.

Así suplicaba aquel varon ilustre puesto ya en pié y pugnando en vano por desembarazarse de los arreos ecuestres, formando tan lastimosa figura, que la misma Valeriola movida por la compasión del desprecio se contentó con añadir:

—Glicería no puede vivir un momento mas entre nosotros.

—No, no, añadió Caton apresuradamente; le doy la libertad desde ahora, pero ha de hacer juramento de marchar inmediatamente á su patria y guardar silencio sobre lo ocurrido.

—Yo respondo por ella, contestó la dama, es muy noble su corazón para faltar á una promesa.

Pocos días despues se embarcaba Glicería en el puerto de

Ostia para las costas de la Bética, libre y rica por la generosidad de su señora.

El severo Marco Porcio se guardó en adelante de molestar en nada á su esposa, si bien el aprecio que manifestaba á su razon suprema y sus malas cualidades fueron en aumento. Roma le erigió una estatua con esta inscripcion: *A Ca-ton, reformador de las costumbres*: no hay que extrañarlo; tiempo adelante el pueblo-rey colocaba á Neron y Calígula en el número de los dioses.

DIONISIO CHAULIÉ.

UN PRIMO COMO YA NO SE ENCUENTRAN.

ALBERTO.

I.

—¡Imposible! exclamó el mas jóven de dos convidados que solos se estaban desayunando en el gran comedor del castillo de Auveribe.



El castillo de Auveribe.—Efecto del crepúsculo.

—¿Lo crees tú así? replicó el otro, el castellano, un verdadero caballero, gran cazador que conservaba á pesar de sus cincuenta y cinco años todo el risueño verdor de la ju-

ventud, ¿crees tú que se me pueda engañar así como á un tutor de comedia? ¿quieres que te diga tu secreto, mi pobre Alberto?..... ¿quieres que yo te cuente tu historia?

SEGUNDA SERIE.—1864.

AÑO XXII. 11